

quien piensa siempre en sí mismo es un egoísta, que se constituye en centro de todas las cosas. Si rezamos con la Iglesia, nos veremos libres de este peligro en la vida espiritual, y estaremos en la actitud que más predispone a Dios para dar. No sería correcto deducir de esta doctrina que no debemos preocuparnos de nosotros mismos, ni en el orden espiritual ni en el orden temporal. Todo lo contrario; éste es el momento de la Misa para pedir por nosotros, por nuestros parientes, por nuestros amigos, por todas aquellas personas cuya salud, cuya paz, cuya santificación nos interesa de alguna manera, teniendo siempre en cuenta un orden de valores que purifique nuestra oración de egoísmos y mezquindades.

Bella lección de generosidad y aun de teología se nos da con aquella expresión, que pronunciamos con frecuencia sin penetrar su verdade-

ro sentido: *Et omnium circumstantium*. Hay otros que están presentes a nuestro sacrificio y que le ofrecen juntamente con nosotros. Un lazo de unidad se tiende entre sus almas y las nuestras, haciéndonos pensar en la comunidad más amplia de la Iglesia entera. Lo que hace cada uno, repercute espiritualmente en los demás. Nuestra unidad no consiste únicamente en estar dentro de un mismo recinto, bajo un mismo techo, sino en algo más íntimo, puesto que el latido de la vida de Cristo que a nosotros nos anima, esa vida que se va a enriquecer con el mismo sacrificio, es también el tesoro que ellos llevan dentro de sus almas. Nuestra unión depende de su mismo centro: Cristo, según aquellas palabras: «Como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti, sean ellos una misma cosa». La sagrada liturgia nos hace vivir en el momento más solemne de nuestra comunicación con Dios esta maravillosa realidad.

